

Media hora después que misó el padre González, mandó al Trompo á casa de Pancho Pérez con recado atento, suplicando le señalase hora en que ser recibido; al mandar tal recado el padre González tristemente sonrió, recordando otros tiempos en que el carpintero formalote y trabajador solicitaba la venia para hablar con el cura sobre asuntos relativos á las obras de carpintería que el artesano tenía á su cargo, y hogaño el antiguo amo solicitaba del sirviente permiso para hablarle.

—¡Oh témpora! ¡Oh mores!, masculló el señor cura.

Volvió el nunca bien ponderado Trompo, azoleado y jadeante, pues de un tirón y buena carrera se echó la distancia que había entre el curato y la casa de Pérez, trayendo la noticia de que podía el padre González pasar á la hora que más le acomodase. Este, como quien se resuelve á tirarse de cabeza en estanque de agua fría á la mitad del invierno, encaminóse á la casa de su antiguo carpintero. Iba á llamar á la puerta, cuando se detuvo un momento, el suficiente para oír que un fonógrafo en el interior de la casa chillaba "La Paloma" y que había risas de Clotilde mezcladas con garraseras de Solano. De soberbia gana el padre González hubiera dado media vuelta, pero era preciso llegar hasta el final. Llamó fuerte, presentóse á recibirlo el mismo Pancho Pérez, densamente pálido y turbado, y no sabiendo que decir, trabajosamente trastabilló:

—Pase, señor, pase.....

El pobre hombre no atinaba la manera de tratar á su visitante, el cual, serio pero con marcada tristeza, tomó el primer asiento que tuvo por enfrente.

—Hace tiempo mi antiguo carpintero no se acuerda de este su pobre y viejo amigo, por lo que dije para mi coletito, si él no viene yo iré, qué más da? Y aquí me tienes el mismo de siempre, aunque un poco herido por tus olvidos é

ingraticudes, ¡Perdóname!, pero soy muy claridoso, ya sabes que siempre llamo pan á la torta que engullo y vino al líquido que cato.

Si la presencia del párroco destorrenzó por completo á Pancho Pérez, la manera de entrar en materia acabó con toda la entereza del pobre hombre, quien más parecía en aquellos momentos un reo á quien liquidan cuentas que un prohombre de San Antón.

—Mira, hijo, prosiguió el cura, anda y dile á tu hermana que deje en paz siquiera por este rato al aparato ese, que de otro modo no nos entenderemos, y pues lo que tengo que decirte solo tu y yo debemos saberlo, con ese ruido tendré que hablar á gritos.

Pérez obedeció como un autómeta, y el fonógrafo de Clotilde entró en mutismo, dejando trunco un valse cuya letra al enmudecer el aparato quedó en esta parte:

"Te volví á ver....."

—Tu cara, amigo Pérez, acusa —continuó el padre González— que tienes cuentas pendientes con este viejo, pero para infundirte confianza y poner lo turbio como cristal purísimo, debo decirte, que por esta vez no vengo á pedirte explicaciones por la inquina que me tienes; digo que me tienes ojeriza porque no encuentro razón plausible para que hayas obligado al Ayuntamiento del lugar á sancionar un acuerdo prohibiéndome que las campanas del templo se repiquen como de ordinario, que deben tañer con metrónomo y esto por no se qué leyes reformistas, que tuya fué la disposición á que me refiero y que me prohíbe repicar recio y seguido: tampoco vengo á pedirte explicación sobre las limosnas que retiraste del templo á la muerte de don Pablo Torres, tu amigo y protector, porque tales dádivas son espontáneas y no traen aparejada obligación, y nadie puede exigir un beneficio, porque lo que bondadosamente se da en cualquier tiempo puede retirarse sin responsabilidad alguna, por más que el retiro de las limosnas á que me refiero, han desequilibrado el presupuesto parroquial, hoy en plena bancarrota. Conste que no vengo á tratar faramallas y fruslerías.

Diciendo esto, el anciano párroco con toda calma, como quien no va de prisa y se da un respiro, metió las manos por las profundidades de la sotana, sacó un pañuelo enorme á rayas amarillas y dibujos rojos, limpió su frente, descargó reciamente la nariz, y como viese que el tinterillo nada se disponía á contestar, siguió en la brega:

—No tengo ningún rencor por lo que has hecho, pero sí deseo saber el terreno en que piso, por eso te pregunto: ¿tienes algún desagrado conmigo?, ¿he dado lugar para que me pongas fuera del cuadro de tus estimaciones? Habla, amigo Pancho, no te muerdas la lengua y suelta lo que te pique, que yo te daré explicaciones, si caben, con toda la verdad del caso. Yo creo que aún me guardas unas miajitas de aquella misma estimación de antaño, cuando las sierras gemían y las garlopas eran unas chismosas que anunciaban trabajo y bienestar ¿verdad?, responde claro clarito, que así podremos entendernos como dos viejos amigos.

Pérez pretendía toser, intentó limpiar el gañote, quitóse los lentes, y al fin, con aire de ajusticiado balbutió:

—Señor cura, . . . ¡vamos! . . . soy el mismo, sino que los tiempos cambian y uno tiene sus enemigos. Yo no fui el de la disposición que prohibiera los repiques, engañaron á Ud. . . .

—Por mala vereda te metes Pancho, -interrumpió el cura- porque bajo tu firma y por tu boca se sabe que los repiques se suprimieron por tu cuenta y riesgo. Pero no es este el caso en debate; respóndeme con llanese, ¿somos ó no somos amigos?

—Pero, señor cura, yo siempre he respetado . . .

—¡Por San Antón! al grano y nada de tangentes, somos amigos ó no lo somos, responde derechamente . . .

—Servidor de Ud.

—Bien, ya contestaste un poco derecho; pero debes aclarar mi pregunta: ¿me tienes por tu amigo, sí ó nó?

—¡Claro!, por mi buen amigo.

—Esto es hablar en español, amigo Pérez; pues haste la cuenta que efectivamente somos dos buenos amigos, que

como tales comemos en un mismo plato, bebemos en la misma odre y que estamos para los mismos fregados é idénticos barridos

—Exactamente, señor cura -dijo Pérez.

—Pues allá voy, ponte atento: como mi amigo, deseo advertirte el peligro que estás corriendo, figúrate que hasta el más encanijado de los perros de San Antón, sabe de memoria con todos sus pelos y señales, vas á vender á unos extranjeros los principales bienes de tu pupila Consuelo. Esto no está nada bueno, y es el primer mal paso que intentas; yo no se si la venta estará en regla, si beneficia ó no á tu pupila, pero sí alcanzo á rastrear que si la menor llega á la edad reglamentaria, se casa y tiene varón que la defienda, te pone las peras á veinticiuco, y te rasca la cola con el mismo rabo, y entónces el diablo se llevará al demonio; ¿me entiendes?, y aquí está el peligro, Francisco, porque te justificarán que el rancho vale más de lo que pides, que te has echado sobre bienes ajenos, que eres un sinvergüenza y un ladrón. Lo más grave, lo peor de todo ello, es que gravas tu conciencia, y precisamente á eso he venido á decirte que ahí está el peligro, que andas por escabroso camino y que vas á dar tortas apetitosas por mendrugos fríos. Allá tu, pero debes abstenerte de todo lo que intentas, sobre todo, ahora que estás perfectamente advertido: ese tu amigo Solano, el futuro marido de Clotilde tu hermana, te calentó los cascos, y es él quien te induce á vender lo que no debes.

El buen clérigo advirtiendo que había ido mucho más allá de sus propósitos, cortó el hilo de sus consejos y esperó á que el antiguo carpintero dijese alguna cosa, pero viendo que permanecía mudo, algo picado el padre González, continuó:

—Parece que te han roído la lengua los ratones, ó que mis razonamientos son tan justos que no tienes manera de contestar oste ni moste, ó que no soy tu amigo y esquivas cruzarme palabra conmigo. Tu conciencia no anda tranquila, Francisco, y te habla por mi boca; como soy y seré aunque no quieras, tu verdadero amigo, he de advertirte el

peligro que corres, que para eso estoy en este pueblo presisamente, para apartar á mis hijos del precipicio, ¡claro! para eso me tienes aquí. . . Ya estás advertido de que si vendes los bienes de Consuelillo, cometes un delito y, además, un pecado; ya te señalé el precipicio, ahora escoge en irte de cabeza por allí ó retroceder. Como tu párroco te prohíbo hagas semejante cosa, como tu amigo te lo suplico, y como todo hijo de vecino te lo advierto. Conserva en tu poder y con buenos manejos, lo que un mal testamento puso en tu manos, y guárdate de tocar lo ajeno.

Pérez intentó dar una explicación, casi pretendía negar el hecho, pero como el padre González siempre iba adelante, confesó el tutor la palinodia, pero dorando la píldora en estos términos:

—Creo que la menor, señor cura, se beneficia con la operación que Ud. indica; ya me explico los escrúpulos y temores de Ud. pensando que como su merced, dedicado á su importante ministerio no está empapado en los negocios y operaciones de la época, es natural, en vista de la falta de experiencia, temer un desastre en el presente negocio, el cual negocio por hoy está concluido, enteramente concluido, y créame Ud. que ni Dios Padre podrá desbaratar.

—¡Cállate blasfemo. . . ! ¡va! ¡va! -contestó amostazado el padre González- ya verás como no es necesario que Dios Padre haga un milagro para que de un soplo derrumbe tu castillo de naipes. El te perdona tus blasfemias. Mucho has aprendido desde que dejaste el formón y la azuela, y mucho jugo has sacado de los periódicos que lees y amistades que te rodean. ¡Blasfemo! Tus palabras me indican que nada tengo que esperar de tí, y que bajo en hierro frío, pero conste que la obligación está cumplida y que no puedo poner cerrojos á la puerta que pretende abrir tu obstinación. Abur, y que te diviertas mucho.

Salió el padre González con un humor de perros; Pérez quedó temeroso y temblando, y al notar Clotilde que su hermano estaba solo, preguntó con voz de tiple acatarrada:

—¡Ya puedo seguir mi canción favorita, Pancho?

—Qué el diablo te lleve, -contestó Pérez- y manda

ese chisme al corral, que estoy hasta las orejas de gorgoritos musicales.

Clotilde, escurrida y pesarosa, ante aquel chaparrón se puso á buen recaudo, á tiempo que el flemático don Encarnación Solano, que oyó las últimas palabras de Pancho Pérez, entró á la pieza, y pretendiendo calmar la tempestad, dijo:

—Nada, nada, amigo mio, no hay que dar tortas por pellizcos; acabo de ver salir de esta casa al curita, y me supongo que no le trajo las perlas de la Virgen, que estos ensotanos trascienden á discordia y saben al puro acibar.

Pérez contó por via de desahogo á su amigo Solano, lo que acababa de pasar con el padre González, callándose por supuesto la ridícula actitud que había guardado, y antes bien, al referir la escena y comentar sus incidentes, explicó que su conducta ante el curita había sido enérgica y llena de bríos especiales, que no podía tolerar que un vejete como el fraile citado, se le pusiese por delante armado de un Santo Cristo y unas gotas de agua bendita. ¡Con las brujerías á otra parte, á él con aquéllas antiguallas!

Impuesto Solano de lo acontecido, sin dar importancia al asunto, como quien indica un remedio para un tabardillo, apuntó:

—¡Cachafo con el padre González! Piense Ud., señor Pérez, que cada perro tiene su bozal y buen frenillo, y que á este conviene una queja dirigida al Obispo, rogándole se duela de este terruño, donde un fraile vividor y charlatán, pretende mojar su sopa en caldero ajeno. Déle duro y se lo quita de encima.

—Tiene Ud. razón, señor Solano, -contestó Pérez tomando los bríos que antes le faltaran- sin perder tiempo, con la misma energía que gasté en presencia del cura, escribiré á la Mitra, y ya verá cómo nos cambian al fraile entrometido.

Por mucho rato quedaron silenciosos ambos interlocutores, el uno pensando en Clotilde, y el otro en la manera de quitarse de enfrente al cura que mucho estorbara y maliciaba podía seguir molestando, y por rara concatenación de ideas,

como si el clérigo pudiera meterse en ello ó tuviese que ver en el asunto, Pérez interrumpió la meditación en esta forma:

—No le he dicho, Solano, por falta de oportunidad, que sospecho muy fundadamente que el finado Torres, “al dar las diez y última” como se dice en un juego de cartas, forzosamente dejó en alguna parte desconocida y qué es preciso averiguar, un buen *guardado*. Ud., que conoció al ranchero y sabe hacer números, convendrá conmigo en que por lo bajo, ese hombre tenía ahorrados cerca de ochenta mil pesos. Aquí está un papel y este lápiz, sírvase sumar: en veinte años, calculando por mil fanegas de maíz la cosecha anual del ranchero á tres pesos fanega . . . ¡bien! Ahora agregue el garbanzo, y póngale por lo bajo doscientas cargas . . . eso es; añada luego los esquilmos del rancho, calculados á mil pesos por año, porque tenía leña, explotaba El Ojo de Agua del Fresno y no perdonaba ni el “bendito” al pájaro que lo cantase; en seguida agregue el producto de leches . . . , lo que rinden los alquileres de piso y otras cosas . . . , ponga quince . . . Ahora sume . . . cuánto da? . . . ; reste Ud. el cincuenta por ciento de todo ello por gastos de familia, labranza ó imprevistos . . . ¿quedan en veinte años?

—Ciento tres mil pesos en números redondos, don Pancho.

—Ya ve Ud. por lo tanto, que este ranchero, impuesto á comer la simple tortilla, á paladear un poco de frijol y una taza de chile, que no gastaba en nada y sí muchísimas economías, debió dejar algo gordo. ¿Dónde está? No lo se, pero

—Parece don Pancho -interrumpió Solano- que hasta nos arrebatamos las palabras y se confunden nuestras ideas; precisamente he querido decirle lo mismo. Seré muy franco: siempre he creído que á la muerte del ranchero, Ud., en vez de los pocos centavos que dice recojió de un baul, . . . ¡jel! ¡je! . . . , francamente . . . , yo creía . . . que Ud. había encontrado algo en *billeteaje*, y que . . . ¡jel! ¡je!

—Muchos creen lo mismo, Solano, y si fuere cierta la

especie, no me ocuparía de dicultarla ante Ud. Tengo también otra sospecha, que desde antier se me clavó en el sobrecejo: la vieja Dolores, la sirvienta de Consuelo, sabe mucho más de lo que la han enseñado; figúrese Ud. que con mucha frecuencia se me va por El Platanar, sin negocio ni objeto, que la última vez que anduvo por allí, una mañana, qué digo, á media noche por filo, salió de casa disque para ir al lavado de ropa; y precisamente esto la tracionó, porque las prendas cuando regresara cinco horas después, venían sucias, lo mismo que salieran antes, y la mujer con huellas de una gran caminata, traía toda la faldilla llena de pelos de jumento, y en la frente de la vieja veíase la impresión que dejara un sombrero de palma sobre el cutis no acostumbrado á tales prendas; todos estos detalles, añadidos á la incompleta relación del mayordomo de El Platanar, me dejaron cavilando, pues el tal mayordomo aseguró que la vieja aquella mañana bajaba por la “Cuesta del Tamarindo” acompañada de un hombre muy parecido al caporal de la finca, cosa que no puede ser, porque Anselmo casi á la misma hora, si mi memoria no miente, se presentó en esta mi casa solicitando dinero adelantado. Ud, comprenderá Solano, que mañanear sin ton ni son, con un frío de rechupe, y esto para darse un paseo por las cercanías del rancho . . . , no tiene explicación satisfactoria; y, no cabe duda, que hay gato encerrado en todo ello, que la tal Dolores sabe, como dije á Ud., más de lo que le enseñaron. No he podido saber el nombre del ranchero que acompañaba á Dolores, creo que será algún estúpido gañán del rancho inmediato, ¿qué piensa y opina Ud. de todo lo que le cuento?

Solano, como quien casca nueces, temeroso que unas salgan huecas y rancias las otras, apuntó con cautela:

—Yo, en lugar de Ud. . . . , vigilaría á Dolores, me pondría en acecho de todo lo que hace, y al fin obraría con arreglo á las circunstancias, y esto sin dejar de refrescar de vez en cuando el bolsillo de la vieja; pero, deje Ud. este asunto y preocúpese de otro más serio que tiene á media pulgada de las narices, me refiero á la venta del ran-

cho, que es segura y traerá utilidad, y no ponga en saco roto lo que ha dicho el padre González, por aquello de que no hay enemigo pequeño, y piense que son más temibles las sotanas que las *enaguas*. Abur, lo dejó para que aliste su correspondencia, no olvide á Gutiérrez y Compañía, ni deje de dar una tostadita al cura, quejándose con el Obispo.

Cuando Solano saliera, Pérez llamó á su hermana Clotilde para que escribiese violentamente lo que traía en el majín, pero, antes de hacerlo, el mismo Pérez puso pluma nuevecita en el mango de escribir, añadió tinta nueva á la vasija de cristal y cuidó de que el papel estuviese inmaculado. Listos los chismes de escritorio, recomendó á su hermana hiciese clara y bien pendoleada letra inglesa, y redactó en seguida una tremenda acusación contra el padre González, dirigida al Obispo Diocesano. Tal acusación se refería á que el clérigo era una obstruccionista, un retrógrado y feo enemigo de toda persona honrada; como ya estaba muy anciano —y esto disculpaba tanto error— cometía desaciertos sin cuento, como meterse en vidas ajenas, predisponer ánimos y aún valerse del sagrado secreto del confesionario para inmiscuirse en asuntos delicadísimos: que en el púlpito acababa de injuriar á las autoridades locales, de una manera soez y nunca oída, que dada la religiosidad de aquel vecindario, lo que estaba haciendo el padre González era sembrar discordias para cosechar motines y revueltas, ó cuando menos provocar una sedición ó disturbios espantosos; finalmente, que la ancianidad de aquel bendito señor, llegaba al grado de dejarse sugestionar por vecinos de conducta muy dudosa, con el intento de pretender atrapar los bienes de una huérfana, que era por entónces su hija de confesión: que para que todo aquello no quedase bajo su simple responsabilidad, Pérez rogaba “á la Sagrada Mitra” se sirviese interrogar al Jefe Político, al empleado en rentas, al Agente del Ministerio Público, y, en fin, á los mejores vecinos de San Antón, sobre aquellos y otros particulares, en la inteligencia que todos, “némine discrepante”, apoyarían lo que rezaba la querrela, documento que no entrañaba un ataque para la santa religión, sino

que, antes bien, tendía á defender su buen nombre, prestigio é integridad.

¡Moño! cuando Clotilde, soltaba aquellos rasgos de sepa inglesa sobre el inmaculado papel, cuando siguiendo con ellos los ternos que su hermano Francisco soltaba contra el cura y los condensaba en aquel documento, Clotilde, con más juicio que el rábula, suspendiendo la escritura, tímidamente observó:

—Pancho, creo que esto es muy fuerte y que te puede comprometer. La verdad sea dicha, el Padre González no.....

—Te quieres callar grandísima.... bruta? Pon el final á la carta...., eso es; deja firmarla y que el correo la lleve bajo pliego certificado y con “acuse de recibido” ¡No faltaba más!

Así se hizo, la carta quedó bajo la encomienda eficaz de la estafeta postal, y Pancho Pérez como quien descansa de un enorme peso, por vía de paseo encaminóse á la casona de la rica finca de El Platanar, situada á las goteras de San Antón. Llegó por allí mal humorado, con aire de conquistador, y poniendo en práctica antiguos y bien madurados pensamientos que le taladraran la mollera, llamó á los mejores y más garridos braceros del rancho, armándolos de picos, azadones y palas, y como quien da principio á un excelente y meritorio trabajo, ordenó hiciesen agujeros aquí, exploraciones más allá, sondeos por otra parte en la casona aquella, y todo encaminado á buscar y rebuscar el misterioso tesoro que debió esconder el ranche-ro don Pablo. Todo fué inútil, el edificio, que ninguna culpa tenía de tantos y graves desaguisados, quedó hecho una lástima, presentando al desnudo, y por todas partes, hasta el hueso sacro, que lo practicado por Pérez era simplemente un destrozo inaudito y de ruinosas consecuencias ¡Con decir que la chimenea de la cocina quedó por tierra, que el lugar que ocupara la cama de don Pablo, presentaba un agujero de tres metros de profundidad, que hasta el corral quedó sin pesebres y las gallinas sin dormideros.....! El tesoro ansiado no parecía, pero en cambio crecían las

ansias del rábula, que á cada barda que caía, á cada demolición que se efectuaba, soñaba descubrir una olla con el tesoro que ningún trabajo le costara guardar, ni el más leve sacrificio conseguir. Al fin, cuando perdida la esperanza no hubo rincón que escudriñar, pared que perforar, suelo que abrir, ni techo que horadar, el tinterillo desalentado, sufriendo tremenda decepción, dió orden de que se suspendiese el destrozo, aplazando el trabajo para otra vez, y mandó llamar al caporal de la hacienda, despidiendo á los braceros que le ayudaran en tan triste faena. Cuando estuvieron solos amo y criado, dijo el primero:

—Acompañeme, voy rumbo á San Antón. Estoy hecho un basilisco, no me contrariés, que me siento capaz de poner las narices del que se me ponga por enfrente en los mismos cuernos de la luna. Estáte quieto, y no me digas nada, que ya veo te retoza la risa en la boca. Siento ganas de quemar hasta mi misma sombra, y todo porque no puedo conseguir mis deseos; tú no me comprendes, por que eres un barbaján. Te llamé para que me digas, y sabes bien poco, si mis órdenes se han cumplido, si el salario se te aumentó y si el mayordomo dobló tu ración de maíz.

—Amo, contestó el sirviente quitándose el sombrero— muy agradecido estoy con su merced; me han rayado tres reales diarios y la cuartilla de maiz me alcanza hasta para comer *pinole*.

—Los gringos no han vuelto por aquí?

—Ya lo supiera su merced, que no pasa un gorrión nuevo por El Platanar, sin que su merced sepa el vuelo que lleva.

Como Anselmo viera que Pancho Pérez, á pesar de todo, estaba de buen humor, pretendiendo meter el buen día en casa, tímidamente cambió de asunto, y dijo:

—Amo, yo quisiera pedirle un favor, y perdone el atrevimiento; si Ud. ordenase que el mayordomo me diese otro animal que montar . . . , porque la tordilla, está muy vieja y cansada, y ya no quiere . . . ¡palabra! Ayer nada menos, se me fué la vaca Mascota por el monte, y échele

Ud. un perro, que no logré lazar el animal, y vaya que iba de simple trote, y es que la tordilla no puede ni con los diez reales del bautismo.

Pérez, un tanto divertido con aquella charla y reprimiendo su mal humor, contestó:

—Anselmo, bien sabes que á la muerte de don Pablo Torres, no quedó ni un caballo del diablo que ensillar. Sin embargo, ya que dijiste el otro día que la yegua que montaba el mayordomo, tiene un potro que te gusta, daré órdenes para que se te pase la cría. Cuenta con el alazán, si algo más necesitas, dílo, que te quiero porque eres el sirviente más fiel y antiguo del rancho.

Anselmo, que no esperaba tanto, quedóse viendo visiones, como quien no admite una ventura tan especial, y al apuntar en seguida Pérez la idea de que todo aquello tenía su compensación, abrió el ranchero tamaños ojazos, púsose atento y esperó el desquite que maliciaba veníase encima:

—Todo eso que pides y mucho más se te dará, siéndome fiel y prometiéndome decir en todo la verdad; por ejemplo, recuerda y díme los lugares que más frecuentaba don Pablo, ó dónde le agradaba más estar; á qué parte iba solo y con más gusto, pues precisa sepa yo estos detalles para salvar á la pobrecilla de Consuelo; por que has de saber que se han perdido unos documentos muy importantes para defenderla de unos gringos que la quieren arrebatar. El Platanar, tales papeles son nada menós que las escrituras del rancho. Yo creo que las puso don Pablo en algún lugar que él solo conocía, precisamente para que nadie las fuese á tocar; por eso te pregunto lo que antes indiqué, no creas que por simple curiosidad; y si los papeluchos no se encuentran, los gringos pondrán á Consuelo de patitas en la calle, y tu y todos los hijos de estos contornos se irán á rascar la sarna á otra parte. Piensa, y medita, y ya me dirás lo que sepas sobre lo que te interrogo.

¡Palabra de honor!, como dijera el mimo caporal, su cabeza no alcanzaba á descifrar aquel enigma, pues por una parte traía á la memoria todo lo que supiera por bocas

de Juanito y don Catarino, por la otra, Pancho Pérez apremiábalo en sentido inverso, y todo ello por el bien de Consuelo....!

—Precisa —continuó Pérez,— me digas lo que sepas, sobre todo, á dónde iba tu amo don Pablo después de las cosechas de maíz, trigo y....

En esos momentos llegaron nuevos recuerdos á la cabeza del caporal: no hacía ni dos semanas que la tía Dolores, pretestando ir á rezar allá arriba en el Ojo de Agua del Fresno, junto á las piedras y cruz que indicaban el sepulcro del hermano de don Pablo, le había dado al compadre la gran *lata*, haciéndole mañanear, con un frío de mil diablos, y todo para rezar un Padre Nuestro y media Ave María, lo cual desde entónces no tragó el citado compadre, pues sospechó que algún gato había por aquellos lugares. Cavilaba sobre estos puntos, cuando por poco se queda bisco al oír de labios de Pancho Pérez lo que sigue:

—Tengo datos muy seguros para creer que la tía Dolores, esa vieja que en mala hora se encariñó con la huérfana y esta con la otra, sabe el paradero de las escrituras, como que las vino á buscar al cerro hace muy pocos días, acompañada de un rancharo que montaba una bestia parecida á la tuya; pero no eras tu, por que recuerdo que ese mismo día, salvo que mienta mi memoria, á la hora en que Dolores excursionaba por el rancho, estabas en mi casa pidiéndome dinero para *huaraches*, *reata* y no sé qué más; que si no fuera esto, por las señas dadas juraría habías sido tu el compañero de la vieja, la cual puede en estos momentos poner la Iglesia en manos de Lutero, porque no me negarás que la viejecita es tonta y con un par de pesos entrega los documentos á los gringos, exponiendo á Consuelito á la miseria y penalidad. ¡Afortunadamente estoy aquí para impedirlo!

Si Pérez estira un poco más, revienta el pelo que faltaba y Anselmo suelta cuantas prendas traía en la cabeza; pero, más vencieron las desconfianzas que de antiguo abrigaba para el rábula, predominaron aún más los consejos del boticario y las sentenciosas palabras del maestro de escuela,

la, y, sobre todo, mucha mella le hizo al rancharo para no soltar aquello, que Pérez tratase á la comadre Dolores con desprecio, llamándola "viejecita sinvergüenza y corrompida." Por esto, cuando acabó de hablar, Anselmo dando un bostezo largo y bien estudiado, como quien oye llover y no es moja, contestó:

—Pues, amo, á mi pregúnteme de otra cosa, sea por ejemplo, dónde pasta el buey Limón, la vaca Zagala y el becerro Zarcillo, que yo de esas cosas si le puedo dar, como pocos, muy segura razón, pero de lo otro ni tanto así.

—Es que tu siempre andabas con don Pablo por la sierra, y por los potreros, y á ti fué á quién llamaba con más frecuencia, y eras su "mozo de estribo...."

—¡Palabra! que es cierto todo eso, pero siempre íbamos á ver los trigos, las escardas del maíz, las cosechas del garbanzo, y en tiempos de *anovillar* el amo era el primero en poner el lazo y yo el segundo en echar el *piel*. ¡Palabra!, pero no diga su merced nada de papeles y de *gringos*, quede ello no se ni el "Bendito"; pero le prometo que desde ahora vigilaré á la tía Dolores, seguiré sus pasos como si fuera su *misma* sombra, y le contaré á su merced lo que descubra; tenga confianza en mi, y ya verá que soy un perro especial para registrar matojaies y yerbajos.

—Ya decía yo, Anselmo, que eres un buen sirviente. Dile al mayordomo que por mi orden te pase el potro alazán, y la silla de montar nuevecita que compré el juéves pasado. Vuélvete y cuida mucho sobre todos los puntos que te he dicho. Confío en tu discreción y lealtad.

Como ambos interlocutores estaban en las goteras del pueblo, Pérez se internó por la inmediata calle que iba derecha á su casa, y Anselmo torció por distinto rumbo para ir á meterse media hora después á la "Botica del Señor de la Salud", dónde desembuchó todo lo que oyera y guardara allá adentro, no omitiendo noticias ni detalles sobre las escavaciones que se practicaron en la casona de El Platanar, trabajos que habían puesto al pobre caserón en un estado tal que no lo conocieran dueñas, y, según Anselmo, con peligros inmi-

mentes de una ruina segura, porque los desperfectos llevados á cabo por treinta hombres, en menos que canta un gallo, tan graves así eran.

Los profesores, Reyes y Gutiérrez, ante las pláticas del caporal de El Platanar, cambiaron una mirada de inteligencia, y cuando el pobre hombre se fué, don Catárico, entre pesaroso y distraído, dijo á su amigo:

—Juanito, si el remedio no llega pronto, tendremos mucha culpa en todo lo que acontece. Pérez y don Encarnación han hecho balance, y buscan los ahorros de don Pablo Torres.

—¡Sinvergüenzas! —contestó Juanito.

—Pero, piensa, amigo Gutiérrez, que tienen razón en suponer que existen dineros ocultos.



XVII.

—Señor Pérez, dijo Consuelo con voz segura y acento enérgico, va para un año que vivo encerrada en esta su buena casa, y no porque se me haya impuesto por prisión tan hospitalario asilo, sino por el luto natural que debí guardar por la muerte de mi padre. Estoy muy agradecida, como mil veces lo demostré, pues muchas bondades fueron las que Ud. y su hermanita han gastado para esta pobre huérfana; pero debo de irme al campo donde me crié, á ver y gozar lo que mi padre me dejara, y, sobre todo, deseo abastecer mis pulmones con aquel aire libre y sano que hoy mucha falta me hace. Por primera vez ocurro á Ud. en demanda de una licencia especial, y le ruego no se oponga á lo que he determinado hacer contra todo viento y marea; digo esto porque es indispensable pase yo la próxima temporada en El Platanar. Lo deseo, lo quiero, y lo haré!

—Pero, Consuelito, no sabe Ud. que el señor Juez ha determinado todo lo contrario?, y cuando el Juez lo dice ni Ud. ni yo podemos violar sus altas determinaciones, á riesgo de que nos lleven á la cárcel por el delito de desobediencia. Sin embargo, permítame Ud. tener una conferencia con el señor Juez, quitar los escrúpulos del Ministerio Público y pedir ayuda al señor Jefe Político, y creo que antes de dos semanas podrán sin riesgo alguno cumplirse los deseos de Ud. Yo por mi parte desearía, Consuelo, se decidiese mejor á dar un paseo por la capital, esto le será más fructuoso y divertido, porque además de distraerse, consultará Ud. con un buen médico sobre los achaques que la apenan; ofrezco á Ud. que si acepta esta proposición la llevare á donde Ud. quiera y á la hora que indique.

—No entiendo, señor Pérez —contestó pausadamente Consuelo— porqué el señor Juez me priva hasta de pisar los terrones de la tierra que mi padre humedeció con el su-

dor de su rostro. Esto para mí es muy extraño y envuelve un misterio que desearía me aclarase; por lo demás, no he dicho que tenga este ú otro achaque determinado que llevar en consulta á un médico de la capital. . . . Oiga Ud. bien: lo que deseo es ir á gozar de mis bienes, habitar el caserón donde nací, sin estorbos, ni tutores; respirar el aire de aquellas sierras, ver los campos donde tantos años presencié la ciega de los trigos, la cosecha en los maizales y labores, y, sobre todo, estar en la casa paterna, ver sus rincones hablar con aquellos mismos sirvientes que mi padre protegiera. Yo no necesito médicos, que el mal que padezco á la vista está y el remedio se tiene á la mano.

—Repito, Consuelo, el señor Juez. . . .

—Perdone Ud., don Francisco, es la primera vez que hablo á Ud con tanta franqueza; en las cuestiones que atañen á mi salud, á mi tranquilidad material, y, sobre todo, á la paz moral que tanto anhelo, no hay jueces que puedan avasallarme, ni leyes que reglamenten mis actos. Sepa Ud, por lo mismo, que marcharé á El Platanar á pesar de cuantos jueces Ud. llame, y si encuentra medios para detenerme, habrá logrado un escándalo mayúsculo y el aniquilamiento de su pupila.

—Pero, Consuelito, -respondió bastante alarmado el tutor, - si yo personalmente no me opongo á que Ud. vaya por dónde la gana le dé. Por mi parte haga lo que más le acomode, allá Ud. si comete alguna torpeza que la ponga á las puertas de la cárcel, y á mí en el peligro de hacerla compañía. Antes de que Ud. ponga en práctica lo que dice tener irrevocablemente decidido, le ruego tenga calma y muy buena paciencia, siquiera por quince días, mientras veo la manera de ablandar al juez y pueda Ud. conseguir sus deseos.

—Bien, don Francisco, por una simple condescendencia y evitando el escándalo para Ud., no para mí, esperaré no los quince días que pide, sino algo más, pero esté Ud. seguro que si pasado el plazo prudente, no arregla lo debido, por más leyes que invente y órdenes que me ponga á la vista, me iré para la casa de mis padres!

¡Cuán hermosa estaba Consuelo en aquellos momentos! su talle, que mucho había mejorado con la esbelteza adquirida en su encierro, presentábase erguido, magistralmente delineado y arrogante; la linda cabecita iba siempre por las nubes, airosa y dominante, mientras la suave tinta de las mejillas, en fuerza de la acalorada escena, había subido de tono, trayendo á la memoria los lindos toques del durazno maduro sobre un campo pálido y hermoso. En cambio, el tutor de la niña presentaba un rostro terroso y amoratado, como si un golpe feroz hubiese impreso en aquella fisonomía un cardenal ridículo, monstruoso é imposible.

Cuando esta conferencia pasaba en el "despacho" de Pancho Pérez, otros muy diferentes sucesos tenían lugar en la alcoba de Clotilde: la estancia tenía entornadas las puertas interiores, era relativamente espaciosa, y el suelo iba cubierto con una estera blanca de palma á dibujos verdes y rojos. En un rincón veíase un ligero catre de hierro, pintado de azul, con algunas lacras blancas, que denunciaban había sido pintado repetidas veces y dejaba ver al desnudo los retoques anteriores; el lecho estaba cubierto con un mantón de hilaza, con labores burdas y de pésimo gusto; sobre la cabecera de la cama y suspenso de un grande clavo, había una pila para agua bendita, de blanca porcelana, representando á un ángel alas abiertas, y sosteniendo entre sus manos un tazón dedicado á contener el agua aquella; más arriba veíase aprisionada con alfileres de cabezas negras, una estampa que pretendía representar á la Guadalupana en cromo churrigueresco y desconsolador; á la derecha de la misma cama, había una mesa de noche, cubierta con los mismos adornos y materia que el mantón, y sobre tal mueble, un retrato de Solano, ejecutado por lo menos veinte años atrás, cuando se le cayera el primer diente á los cuarentaiuno. En el ángulo opuesto de la habitación un baul verde traído de la sierra por indios que comerciaban especialmente en tales cosas, sobre el baul un lavabo de hierro con barniz de porcelana, y, sobre todo esto, un espejo roto por la mitad y que reproducía imáge-

nes hinchadas y con alarmanes desperfectos. Lo que llamaba extraordinariamente la atención en aquella alcoba, era un mueble lujoso, esmeradamente cuidado y puesto á la mitad de la estancia, sosteniendo un fonógrafo monstruoso, cuyo aneho embudo negro y con labores doradas sobre las orillas, vomitaba á lo mejor, canciones, boleros, valeses, *jarabes*, marchas y danzones, pero con tal mal gusto, como que lo que debía cantar quedo y pausadamente, salía con aires de huracán, y lo animoso, vivo y zandanguero, caminaba con pasos de tortuga. En los momentos á que nos referimos, Clotilde estaba como dormitando y apoyada en las barras de la cama; oía con deleite las notas que salían del aparato aquel, notas más dulces para su oído, cuando iban salpimentadas con las palabras de Solano, que inmediato á ella seguía aquellas canciones, y como una extraña melopeya la voz del viejo susurraba al oído de la muchacha:

—Dueña de mi alma, mi amorcito; tu serás la niña de mis pensamientos y siempre reinarás en este corazón, pues lo que valgo, lo que soy, tuyo es. . . ., verdad chiquita?

Clotilde no se movía; en esos momentos pensaba casualmente en el garrido oficial de la herrería, olvidado hacía mucho tiempo, en sus antiguos pájaros, en aquellos tiestos que deliciosamente cultivaba, en las madre selvas que día á día le daban flores que ponerse sobre las negras trenzas de sus cabellos; mientras que las palmas de trapo en la salita, y el fonógrafo chillón no tenían flores como las que brotaban de las madre selva, ni canciones nuevas como las que acompañaba la guitarra de otros tiempos, pues aquellas palmas y aquel aparato siempre eran lo mismo, no tenían nuevos brotes ni notas especiales, porque el lienzo no daba botones olorosos, ni la goma de un disco inventaba trovas ni cadencias especiales. Por fin, Solano, que repetía su eterno estribillo, "adorar á la muchacha como los ángeles á Dios", estribillo que al final prometía bajar la luna y las estrellas hasta los pies de Clotilde, y luego hacer imposibles y cosas muy donosas, puso punto final al idilio, par dar lugar á que Clotilde en un arranque impre-

visto, alzando los brazos al cielo, se avalanzara jadeante sobre el vejete y decirle al oído:

—¡¡Encarnación, qué lindo eres!!

Solano, como un epiléptico, como quien se hartó en opípara comilona más de lo que debiera, tambaleando y sudoroso, puso en el platillo del aparato un disco negro, que á las primeras vueltas y gangueando, soltó lo que sigue:

"Olas que el viento arrastra
por el inmenso mar,
endeble barquichuelo
que azota el huracán,
gemidos que al espacio
lanzar pudo el dolor,
palabras sin sentido. . . ."

Ese soy yo."

¡Palabra de honor!, como dijera cierto caporal, que al terminar el disco las últimas vueltas, Solano y Clotilde se miraron de una manera especial y que élla cautivó, qué digo, embriagó al vejete, dejándolo turulato y hecho un memo, y este cual perro que probara una golosina soñada y desconocida, quedóse lamiendo los labios á más y mejor. La socarrona muchacha en seguida, llevando el aire de la canción puesta en el aparato, púsose á bailar, moviendo los brazos, cintura y caderas, y todo ello con aire provocador, haciéndole de vez en cuando cabriolas especialísimas, y provocando á Solano, el cual quedaba á punto de desmayar, más cuando Clotilde deteniendo la danza macabra, tocó con sus labios las orejas del vejete, chillándole al oído la antigua y eterna cantinela:

—¡¡Encarnación, qué lindo eres!!